

EL PRESBITERO DON BLAS CAÑAS

23 de Marzo de 1886—23 de Marzo de 1936

PUBLICADO EN "LA REVISTA CATÓLICA"
(EDICIÓN HECHA POR LA CASA DE MARIA)

SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA SAN JOSÉ
Avenida Córdell 50
1936

EL PRESBITERO DON BLAS CAÑAS

23 de Marzo de 1886—23 de Marzo de 1936

PUBLICADO EN "LA REVISTA CATÓLICA"
(EDICIÓN HECHA POR LA CASA DE MARIA)

SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA SAN JUAN
Avenida Córdell 50
1936



EL PBRO. DON BLAS CAÑAS,
Fundador de la Casa de María

Don Blas Cañas

Desde que entré en contacto con el espíritu del Pbro. Don Blas Cañas, admirando su obra sobrehumana y leyendo sus cartas, he sentido esa sensación de grandeza que produce la compañía de los hombres superiores y penetrando en la intimidad de su vida, para buscar el secreto de sus triunfos, he comprobado que no era un hombre de inteligencia ni de cultura extraordinarias, incapaz de una labor tan intensa y duradera como la que realizó en treinta y seis años de apostolado. Para dar con la clave de sus grandes empresas es necesario reconocer que era más que un hombre superior: un santo, cuya acción sacerdotal recibió vigoroso impulso del mismo Autor de la gracia; ahí está la fuerza que dirigía su actividad "Sanctus in omnibus operibus suis" (Ps. 144).

En la mañana del Sábado del tres de Febrero de 1827, mientras repican las campanas del viejo convento de la Merced, nace el primogénito de los esposos Antonio Cañas Vicuña y Mercedes Calvo Cuadra, quienes, para seguir la antigua tradición cristiana, dieron al niño el nombre de Blas por haber nacido en el día de ese Santo. El Presbítero Don Manuel Vicuña, tío abuelo del recién nacido, lo incorporó a la Iglesia administrándole el Santo

La virtud de la caridad con el prójimo la ejercía desde muy niño y hay un rasgo que pinta su carácter, cuando se trata de exigir la perfección: tenía la costumbre de lustrarle las botas a un compañero y una vez no quiso hacerlo, porque estaba enfermo: El seminarista indignado pretendió obligarlo, pero fué inútil. Blas no cedió ante las exigencias del perezoso compañero. Este niño, siendo después hombre de fortuna, le dió gruesas sumas de dinero para sus fundaciones.

La caridad no le impedía ser enérgico cuando era necesario; es falso, pues, lo que dice uno de sus biógrafos que “era demasiado bueno.....”

Cuando era colegial hizo “San Lunes”: un Domingo antes de irse al Seminario, de su casa se fué a la de su abuela y ella lo detuvo hasta el día siguiente; pero, ¿quién no ha hecho la “cimarra” una vez en su vida para librarse de alguna clase insoportable? En otra ocasión, contra toda su voluntad, “colgó” la sotana y fué al teatro llevado por su madre: “el enemigo del alma está en tu propia casa”: el espectáculo le produjo indignación, y según él mismo decía más tarde; le sirvió para tener más aborrecimiento del mundo.

Ya desde el Seminario, comenzó a desplegar ardiente celo apostólico: fundó una Congregación para fomentar la piedad entre los seminaristas, la oración mental y la lectura espiritual, pero lo tacharon de monjil y exagerado.....y la Congregación duró poco, aun cuando contaba con la aprobación del Deán Vicario Eyzaguirre. En una epide-

mía que azotó al Seminario, se entregó enteramente al cuidado de sus compañeros y profesores con una abnegación extraordinaria para un joven de su edad. Tenía 16 años.

Aceptaba con paciencia heroica las bromas de sus condiscípulos: una noche, después que estaba recogido, le levantaron el catre hasta muy cerca del techo y él soportó en silencio; con razón el rector Don Eugenio Guzmán decía que “era el ejemplo de la casa”. Una sola falta se le observó en su vida de seminarista: la despreocupación en el vestido: “andar roto”, como dice el informe. Felizmente comprendió que la humildad no consiste en provocar asco, y las religiosas que lo conocieron dicen que sin ser elegante vestía muy correctamente.

De inteligencia común, en sus clases fué uno de tantos que pasan inadvertidos. En 1847, terminados sus estudios y con el título de Bachiller en Teología, practicó el ministerio en la Academia de Ciencias Sagradas; ya que no podía ordenarse por su poca edad.

* * *

En el verano de 1844 estando en Valparaíso, el clérigo minorista Blas Cañas salió con Benjamín Vicuña Makenna a dar un paseo. Ambos vieron unos cargadores de lanchas que se internaban en el mar semi-desnudos; Blas, herido por un espectáculo tan inconveniente, le propuso a su compañero—niño de trece años—que escribiera un artículo

para "El Mercurio", "que era entonces lo mismo que decir la prensa". A Vicuña Mackenna le pareció esto una gran petulancia, pero luego aceptó las insinuaciones e ideas que le daba su amigo seminarista, y escribió entonces el primer artículo de su vida, que no se resolvió a enviar al diario sino después de rehacerlo tres veces.

El artículo apareció en "El Mercurio" el 21 de Marzo de 1844, sus autores muy regocijados lo leyeron más de diez veces y pasearon—diario en mano—su satisfacción por Valparaíso, convencidos con pueril ingenuidad que todos los porteños estarían señalando a los dos santiaguinos... como los grandes periodistas del día. Cuando Vicuña Mackenna se enorgullecía con sus triunfos de escritor, increpaba a Don Blas: "*Me abandonaste muy luego y me has dejado seguir escribiendo solo!*" Tal vez si Vicuña Mackenna hubiera conservado ese espíritu autocrítico, habría sido un verdadero artista como escritor.

* * *

Se ordenó Blas de Sub-díacono, y luego después de Diácono. Cuando dió por primera vez la comunión a su familia estaba tan conmovido, que al dar un profundo suspiro lanzó lejos las partículas de la Sagrada Forma: ¡qué apuros para un temperamento escrupulosol!

El 22 de Septiembre de 1849 recibió la unción sacerdotal y el 24 en la Iglesia de la Merced, ofreció por primera vez el Santo Sacrificio.

Ordenado sacerdote, se queda en el Seminario como profesor y comienza con toda intensidad sus trabajos pastorales: "Os daré pastores según mi corazón". (1) Santiago entero admiró luego sus virtudes y, como dice uno de sus biógrafos, "hizo amable el sacerdocio en su propia persona". Alcanzó a permanecer un año en el Seminario, desde entonces ejerció el ministerio libremente: predicaba y daba misiones en los pueblos más apartados: hablaba con sencillez, sin esa oratoria hinchada y ramplona que desprestigia el Evangelio y no enseña; tenía mucha unción, y simpatía en su semblante, de manera que atraía fácilmente a su auditorio sin ser un gran orador. Como buen discípulo de San Francisco de Sales, se expresaba siempre con familiaridad, pero muy correctamente y cuando era necesario hablar claro, también lo hacía sin temor, pero con prudencia. "Yo,—decía en un sermón sobre San Vicente de Paul,—no quiero rasgos portentosos de elocuencia humana, sino que quiero hacer brotar lágrimas de misericordia, quiero conquistarte nuevos hijos y devotos que perpetúen tu apostolado". Don Esteban Muñoz Donoso, artista del buen decir, en su oración fúnebre de don Blas Cañas manifiesta que "casi todos nuestros templos resonaron entonces con la palabra de aquel joven sacerdote de gallarda figura, angelical semblante, humilde y modesto continente, que inspiraba santas simpatías, edificación y piedad". En sus sermones como en sus cartas dejó su alma sencilla y delicada...

(1) Jeremías 3, 15.

En 1854 fué nombrado capellán de la Congregación del Sagrado Corazón; las Monjas y las alumnas quedaron admiradas de su santidad. Desde entonces adquirió fama de director espiritual.

* * *

Mucho se ha hablado de que el Señor Cañas era ignorante y de escasa inteligencia, pero los hechos prueban lo contrario; ciertamente no era un genio, ni un sabio y, sin la ayuda de Dios, no habría logrado realizar una obra tan vasta. En Agosto de 1859 se le eligió miembro de la Facultad de Teología de la Universidad y ahí no llegaban los ineptos. Eran miembros de la Facultad entre otros: Federico Errázuriz Zañartu (1), Rafael V. Valdivieso, J. Hipólito Salas, M. Orrego, J. M. Aristegui, Rafael Fernández Concha, etc. Su discurso de incorporación, en el cual pedía que se llamaran a Chile a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, es la obra de un maestro que conoce bien los problemas educacionales y quiere darles solución conveniente; hoy que se habla tanto de universidades populares para seguir fomentando la profesión liberal; ahora que la suprema ambición de muchos es un buen empleo para lucrar del presupuesto, es necesario conocer la opinión del Sr. Cañas: "Yo desearía para el pueblo una educación más industrial que científica. Desearía ver escuelas generales de talleres, donde los niños pobres

(1) El único seglar que pertenecía a la Facultad.

se reunieran constantemente para aprender a manejar la herramienta mejor que hojear el texto elemental de la ciencia; me gustaría más, verlos con el aire simpático e interesante del obrero inteligente, que con el aspecto serio y reflexivo del estudioso académico. Y no se crea, que yo no simpatizo con la instrucción popular. No participaré jamás de las ideas que reinan en ciertas almas mezquinas, que cierran para los hijos del pobre las puertas de la ilustración. Nó; quiero verlo instruído, pero antes quiero verlo trabajador, que si el genio fija su mansión en una frente humilde y oscura, sus destellos entonces se descubrirán de un modo más brillante, y ese joven sin fortuna, sin antecedentes, ocupará el lugar consagrado a la ciencia y al talento. Pero no sucede así regularmente. El hijo del artesano, muchas veces consume los productos de la industria de su padre laborioso en las exigencias de un colegial bien montado; y si más tarde no es un genio, resulta que no es ni un literato, ni un artesano; ocupa una posición difícil y maldice su situación”.

Un hombre vulgar no puede tener la visión profética tan clara de las necesidades de épocas posteriores. En el discurso del Señor Cañas se advierte un conocimiento grande de los problemas de nuestro tiempo; y sus palabras no eran pura fraseología: 15 años más tarde las puso en práctica con éxito en el “Patrocinio de San José”. Razón tenía Don Andrés Bello, el sabio humanista, cuando elogió públicamente su discurso en una sesión del Consejo Universitario.

A los 29 años el Pbro. Don Blas Cañas emprende la obra que ha de inmortalizarlo: el 18 de Julio de 1856, día de riguroso invierno, en Santiago llueve con fuerzas, el joven sacerdote prepara el panegírico de San Vicente de Paul que predicará el día siguiente; de improviso le hacen pasar a su escritorio a una mujer de hermoso aspecto, pero muy harapienta, lleva en sus brazos un niño de pocos meses y la rodean otros de más edad; la infeliz madre se encuentra en la miseria, no puede pedir limosna, porque se avergüenza y ha ido donde el caritativo sacerdote que “no vuelve jamás el rostro al menesteroso”. Le explica su triste situación y le dice que la única esperanza que tiene para dar el pan a sus hijos es la pérdida de su honor. El Señor Cañas, impregnado como estaba del espíritu de San Vicente de Paul, pensó inmediatamente en fundar una asociación de señoras que socorriera a las niñas desvalidas de familias decentes. Para realizar esta empresa no tiene dinero, pero como hombre de Dios, se lanza a la obra ayudado de 23 señoras piadosas con las cuales se reúne en la histórica Vera-Cruz. (1) La Asociación luego fué tomando cuerpo y ya el 19 de Noviembre de 1856 se instaló en casa propia con 25 niñas asiladas, bajo el nombre de “Casa de María”, con que fué bautizada a indicación de Doña Josefa Argomedo de Soffia.

Desde entonces no descansa hasta consolidar su obra: recibió donaciones, recorrió los hogares de

(1) Iglesia de la Vera Cruz.

Santiago y las casas comerciales pidiendo limosnas para sus huérfanas; en todas partes era bien recibido porque enseñaba con el ejemplo: había dado toda su escasa fortuna para su obra y siempre repetía con cariño: "Si yo tuviera que vender mi última casulla lo hiciera con gusto por la Casa de María". El Intendente de Santiago, Bascuñán Guerrero, expresa que pedía limosna como un gran señor. Don Alejandro Cicarelli le da su residencia de la calle del Carmen para que instale ahí la Casa de María y él—"santo en todas sus obras"—comienza la construcción de la gran propiedad que hoy sirve de hogar a 200 niñas. Para terminar su nueva Casa, visitó todos los hogares de Santiago en busca de limosnas, y como nadie podía negarle, obtuvo gran cantidad de dinero.

Don Crescente Errázuriz refiere en "Algo de lo que he visto" que "su corto patrimonio se disipó presto, y para las obras de caridad principió su carrera de pedir limosna, de que ya no iba a apartarse y en la cual llegó a ser eximio. Querido de todos, de distinguida familia, de las mejores relaciones sociales, de carácter angelical, a todas las casas entraba como a la suya en busca de socorros para el menesteroso; a todas las personas tendía su mano para pedir una limosna; por doquiera tenía amigos y ponía a contribución la amistad en favor de la desgracia. Llegó, con el hábito de pedir para los pobres, a ser tan diestro en el oficio, que se tornaba difícil resistirle. Cuando edificaba la Casa de María, el dueño de la barraca donde compraba

las maderas de construcción se dió luego cuenta de que aquel parroquiano no iba a enriquecerle, y pidió a Don Blas que favoreciese a otro con su clientela y él le daría una buena limosna para la continuación de la obra: don Blas aceptó gustoso”.

El celo del Sr. Cañas iba más lejos, quería fundar una Congregación que atendiera “La Casa de María”; el Prelado aceptó la idea, y el 24 de Septiembre de 1861 vistieron el hábito de Nuestra Señora de la Merced—bajo cuya regla vivirían las religiosas—las señoras María Luisa Olavarrieta y Hortensia Normandieu; poco después profesaron las señoritas Mercedes Sanfuentes Torres y Mercedes Gandarillas. Grandes amarguras tuvo que sufrir con esta fundación; pasaron cinco años desde que redactó las Constituciones antes que el Sr. Arzobispo las aceptara; por fin en 1866 se cumplieron sus deseos. El Sr. Valdivieso las aprobó; pero totalmente reformadas por él (1).

“Acepta gustoso todo cuanto te enviare—le dice el Señor—y en medio de los dolores sufre con constancia y lleva con paciencia tu abatimiento, pues al modo que en el fuego se prueba el oro y la plata así los hombres aceptos a Dios, se prueban en la fragua de la tribulación. Estréchate con Dios y ten paciencia a fin de que en adelante sea más próspera tu vida” (2).

(1) Esta fué la primera Congregación religiosa genuinamente chilena.

(2) Ecles. II. 3—6.

Mientras el grande Arzobispo tenía guardadas las Constituciones, don Blas lo visitaba frecuentemente y les limpiaba el polvo: el Sr. Valdivieso gozaba con la ingenuidad de don Blas y le decía, “Blas, un día más adelanta tu fundación y una bendición más te dará Dios para tu Casa”.

Este Instituto,—desde 1866 puesto bajo la regla de San Agustín—es el gran milagro de su vida, se han multiplicado sus casas y en todas ellas vive intacto su espíritu de caridad y abnegación; cada una de las religiosas lleva grabada como un sello la bondad de su Padre.

La “Casa de María” es la mansión de la caridad, ahí se conserva la inocencia de tantas jóvenes de escasos recursos; las monjas les enseñan las primeras letras y las artes manuales; ahora mantienen también un Instituto Comercial y un Colegio de Instrucción Secundaria que dan espléndidos resultados.

Don Blas Cañas era capaz de hacer cualquier sacrificio por defender la pureza de la juventud: recorría los juzgados para atraer las pobres a su Casa y muchas veces él mismo les buscaba colocación. “Bueno, que busque la inocencia asilo en nuestra Casa. Ojalá pudiéramos recibir a toda niña que se encuentre en peligro”: así le decía a la Madre Superiora en carta del 27 de Febrero de 1865; y en la misma, refiriéndose a una joven que deseaba abandonar la Casa: “¡Que no se pierda, por Dios, un alma rescatada con la sangre generosa de Jesús!”

Se preocupaba de que las religiosas fueran amables con las niñas para que éstas vivieran contentas; y en muchas cartas le recomienda a la Superiora que vigile la comida, tanto de las hermanas como la de las jóvenes. La Secretaria, en las Crónicas de 1863, dice que “algunas señoras resisten traer a sus pupilas por temor de que el cariño al establecimiento las aleje de su lado”.

Como Director espiritual de sus monjas, les aconsejaba la oración, el espíritu de sacrificio y la reflexión; así se lo recomienda en una de sus cartas a la Superiora. “V. R. no se canse de poner en práctica mis consejos y sobre todo la oración y la santa prudencia: siempre que le digan algo de tal o cual persona, no proceda en el momento, sino después de pedir a Dios, reflexione, hable con la persona acusada, póngase en sus circunstancias, en su genio, etc. y después proceda con tranquilidad”. Enemigo de las devociones sensibles que se reducen a suspiros y sollozos, insistía siempre en la piedad sólida a base de la abnegación y caridad: “La monja que quiere vencerse por simples deseos, con palabras humildes, con suspiros, con decir, ¿madre qué hacer? de nada sirve; os recomiendo el vencimiento, la humildad profunda, la caridad fraternal, la unión entre vosotras y sobre todo con las más antipáticas a vuestro corazón; el silencio profundo, la exactitud en la oración, y el examen de conciencia, la presencia de Dios; la pureza de intención, haciéndolo todo por su honra y gloria; el recogimiento interior”.

Don Blas Cañas era en la dirección sencillo como San Francisco de Sales, rechazaba todo aparato exterior en la vida cristiana.

* * *

El 9 de Septiembre de 1869 se dirigió a Europa junto con los Prelados chilenos que asistirían al Concilio Ecuménico. Iba resuelto a conseguir la aprobación de su Instituto y a estudiar en el viejo mundo las Congregaciones semejantes a la suya para modernizarla; en Roma no descansó hasta obtener del Papa el título de "Laude Digna" para su Institución; en carta del 11 de Febrero de 1870 decía a sus hijas: "Estoy como cuando se trataba de obtener la aprobación del Sr. Arzobispo, viajando a menudo a la Cancillería para agitar "el asunto", con la diferencia que aquí cuesta mucho más hablar con los encargados, por sus muchas ocupaciones y sólo pueden verse en ciertas horas; pero todo lo daré por bien empleado si en algo se puede cooperar a la mayor gloria de Dios y salvación de las almas". Siempre se deja ver su equilibrio y moderación. En Roma tuvo que esperar menos: Pío IX, bien informado por Monseñor Valdivieso y Monseñor Salas, declaró "Laude Digna" la Congregación el 4 de Marzo de 1870. Su corazón de padre glorificó al Señor y regresó inmediatamente trayendo cuanto pudo para sus monjas.

Durante los 15 años que vivió en la Casa de María lo hizo todo: tanta era su bondad que compraba

hasta los artículos alimenticios. Un día el Sr. Arzobispo lo obligó a dejar la Congregación para que descansara, pues su salud se había quebrantado seriamente. El Sr. Cañas que vió siempre en su Prelado al mismo Jesucristo, aceptó con dolor la determinación, pero no la discutió jamás, al contrario, cuando sus íntimos le objetaban su alejamiento de la Casa, él respondía: "Muy sabia y muy bien pensada es esta medida del Sr. Arzobispo; muy conveniente: yo mismo lo reconozco; pero también confieso que harto me duele su cumplimiento".

Ahora, después de 50 años, hasta las palomas que posan en el frontis de la Iglesia blanca, hablan de su sencillez y candor...

* * *

En 1872, cuando Don Blas Cañas fundó el Patronio de San José, era un sacerdote muy admirado y querido en toda la República, [su gran caridad despertaba por todas partes afectos y simpatías; todo en él era atrayente: fuera de su heroica virtud, tenía también una hermosa figura, de una majestad imponente: elevada estatura, cabeza grande y larga, ceñida por una gran corona, formada de sus escasos cabellos rubios y ondulados; unos ojos pardos muy expresivos iluminaban su rostro bondadoso y austero, la bicoca de terciopelo daba cierto aire patriarcal a su rostro; su sotana y manteo los llevaba siempre bien cuidados. Sus contemporáneos dicen que era elegante por naturaleza.

Desde que se ordenó, la oración fué “el escudo de su sacerdocio” (1); todas sus obras fueron pensadas en largas horas de meditación y recogimiento. Don Crescente Errázuriz dice que era “un sacerdote dulce, santo y simpático que dedicó su existencia entera a procurar el bien espiritual y temporal del desamparado, olvidado completamente de sí mismo, y no teniendo nunca otra ambición más que hacer el bien y servir a Dios y al prójimo. Modelo de virtud y sobre todo de la más tierna de las virtudes, la caridad; verdadero discípulo de Cristo también de él puede decirse que pasó por la tierra derramando beneficios, su nombre permanece y permanecerá grabado por la gratitud en innumerables seres que en las instituciones por él fundadas hallan asilo y reciben educación y medios de subsistencia”. Jamás hablaba del prójimo y cuando, urgido por la caridad, asistía alguna vez a la tertulia eclesiástica de Don Ramón Astorga, era el abogado defensor de las víctimas ausentes.

Siendo el Sr. Cañas tan santo, no se libró de la pluma cáustica del Sr. Errázuriz, lo ridiculiza como a casi todos sus contemporáneos por su defecto dominante: los escrúpulos. Cuenta que el Arzobispo Valdivieso “temeroso por su cabeza, tuvo que dispensarlo para siempre de la obligación de rezar el Oficio Divino; porque siempre pensaba que lo rezaba mal”. Las religiosas que conocieron a su

(1) Sab 18,21.

padre, sin duda, mucho más que Don Crescente, dicen que ha exagerado en esto de los escrúpulos; las 5 religiosas (1) sobrevivientes que lo trataron en la intimidad me han dicho que si bien es cierto que un tiempo padeció este horrible tormento, después llegó a dominarse casi completamente y cuentan estas bondadosas hermanas que era muy alegre y bromista con todas las monjas y las niñas; en una carta a la Superiora le dice: "Puede admitir a la niña recomendada por D. N. he hablado con ella y tiene necesidad; aunque muy morena, puede ir a la Sección de la Inmaculada Concepción...."

Por el Sr. Arzobispo Valdivieso sentía profundo respeto y cariño, era su primer consejero, sus decisiones no las discutía jamás, el Prelado lo amaba mucho, era al único sacerdote a quien trataba de "tú", él se sentía feliz con esa distinción.

Su corazón era muy puro, muy limpio y sincero; bendecía hasta a sus enemigos a quienes cautivaba con su bondad. Cierta día llegaron dos individuos a la Casa de María con intención de asesinarlo y después, admirados de su caridad, se convirtieron en dos bienhechores de sus obras.

Desasido de todo afecto terreno, era tan riguroso consigo mismo que ni a su madre permitía entrar a

(1) Sor María de San Juan Evangelista, Sor María Catalina Jofré, la última religiosa a quien le recibió los votos el Sr. Cañas; Sor Cecilia Vial, la primera niña que entró a la Casa de María de 5 años, en 1856, Sor Eufrasia Mackenna y Sor María Angélica Sotomayor.

su habitación; tenía un horario de vida que no quebrantaba sino presionado por la caridad: se levantaba a las cinco de la mañana, hacía una hora de oración mental en su dormitorio, su Misa recogida y edificante era la de un santo; muy parco en la comida, jamás bebía vino; continuamente visitaba al Smo. Sacramento; El era su mejor consejero, no hacía nada sin reflexionar largo rato ante el sagrario: sólo así se explica la fecundidad y éxito de su apostolado. “Mucha vida interior y que las atenciones no embaracen el espíritu” — decía a sus monjas. Dice Don Manuel A. Román que era “muy avaro de su tiempo”, detestaba las conversaciones inútiles y huía de ellas como de su peor enemigo, tenía una charla muy amena, pero a sus horas y controlada por la caridad; prefería el silencio y mucho se lo recomendaba a sus hijas. “Cuidado con el silencio— le decía a la Superiora — hágalo observar con estrictez, mire que el silencio es el alma de la observancia religiosa y móvil de la perfección”. En la noche hacía otra hora de oración y se retiraba a descansar: “Qui meditabitur in lege Domini die ac nocte, dabit fructum suum in tempore suo” (1).

Amaba las almas con afecto muy puro y delicado y era capaz de cualquier sacrificio por el pobre; los hechos son elocuentes: un día, como el Buen Samaritano del Evangelio, encontró en los suburbios de la

(1) Ps. 1, 2-3.

ciudad un pobre moribundo, y después de asistirlo hasta su muerte, se lo puso en sus hombros y lo condujo a la población más cercana para que se le diera sepultura. Rasgos así son propios sólo de los santos; de las almas abnegadas que viven para sus semejantes.

Era de un carácter muy amable, jamás nadie le vió hacer el menor gesto de desagrado; pero no transigía con la relajación y cuando era necesario corregir, lo hacía con energía, y serenidad: en una carta dirigida a una superiora no muy obediente a sus órdenes le dice: “Yo, como Superior y dirigido por Dios en la fundación de la Casa, debo merecer una sumisión de voluntad de parte de Ud., porque de otro modo no habría aquel equilibrio ni armonía entre las autoridades; pero le repito que esta sumisión debe ser entera e interior y que no haya reproches de parte de la voluntad. En la noche víspera de mi viaje tuve ocasión de conocer este defecto de Ud., hace tiempo que le *he reprendido* el disgusto por los alojados en casa y le he dicho que no tema por los que más tarde puedan venir”. El era muy humilde y quería que los demás también lo fueran, perseguía implacable el egoísmo y la ambición de mando: “guerra al yo primero”, “nada para vosotras mismas y todo para Dios. Si El se ha dado todo, justo es que vosotras le deis todo”. (Carta dirigida a sus monjas en 1860).

Para que nada faltara en la vida de este varón de Dios, también fué calumniado. El 25 de Marzo de 1875 se vió envuelto en un enojoso incidente:

mientras preparaba para la primera comunión al hijo de un diputado y encontrándose conversando con la madre del niño, llegó el marido en estado de ebriedad y lo arrojó de su casa a insultos y golpes; don Blas, como era muy amigo de los esposos, creyó que se trataba de una broma, pero luego se convenció de la triste realidad y como el santo Job salió de la casa bendiciendo al Señor: "He de amarte más y más por la gracia tan grande que me haces en darme que padezca algo por tu amor". Los diarios anticatólicos—como siempre—tergiversaron los hechos y el virtuoso sacerdote admirado de todo Chile anduvo de boca en boca por varios días. Los que conocían su vida inmaculada, le hicieron grandes manifestaciones de desagravio; pero él sufría más con los honores que con las injurias, guardó silencio y sólo refirió lo ocurrido al Arzobispo y a algunos íntimos. Como el ofensor no daba explicaciones fué urgido por don Crescente Errázuriz desde "El Estandarte Católico", y entonces las dió y muy amplias, dejando intacta la reputación de Don Blas. El caritativo sacerdote no guardó ningún rencor y más tarde el famoso diputado, ya viudo, se casó en segundas nupcias con una niña joven, a quien hizo sufrir tanto que se vió obligada a entablar juicio de separación. Interrogado don Blas sobre la conducta del caballero, declaró que no tenía ningún antecedente para condenarlo. De un corazón tan noble como el suyo no podía esperarse la venganza que si rebaja al hombre, envilece al sacerdote. Mons. Valdivieso, que era muy íntimo

de los protagonistas del incidente, decía después con mucha gracia: “La fortuna que los acusados son Blas y la Petita”.....

Al salir de la Casa de María, dejándola con vida propia y bien establecida, fijó su mirada en el niño y el 23 de Marzo de 1872 invitó a la “Casa de María” a un grupo de jóvenes para entusiasmarlos a fundar una obra semejante que protegiera a la niñez; la idea encontró la más favorable acogida de la Iglesia y la Sociedad y a los dos meses la nueva institución de caridad recibía el nombre de “Patrocinio de San José”, propuesto por la señorita Carmen Lira Argomedo. La obra se comenzó con \$ 25, pero con mucho celo y confianza en Dios. Para los santos el dinero ha sido siempre algo secundario; los 25 pesos se convirtieron milagrosamente en \$ 28.000 y el 15 de Agosto de 1872 compró una casa en la calle Santa Rosa e instaló solemnemente el Patrocinio de San José donde puso en práctica muchas de las magníficas ideas que manifestó en su discurso de incorporación en la Facultad de Teología. Desde entonces, como el Divino Maestro, hizo el amoroso llamado: “Dejad que los niños vengan a mí”, y no tardaron en llegar muchos huérfanos buscando al padre abnegado y bondadoso. Contrató profesores y les enseñó además de la Religión y los ramos primarios: la música, las artes mecánicas y manuales, según las aptitudes de cada uno; les daba además buena alimentación, porque como era tan avezado en el arte de pedir, no le faltaba nada; casi todos los dueños de fundos

le mandaban de sus cosechas y si pedía 100 pesos recibía 500, porque "no era exigente ni importuno", como decía el Intendente Bascañán Guerrero.

No tenía pretensiones de ser un gran pedagogo y sin embargo lo era en realidad y muy experto; nadie como él, antes de los Padres Salesianos, ha realizado en Chile una obra educadora más acertada y duradera en las clases desvalidas. Contaba el Pbro. Don José R. Tapia, que había vivido un año en su compañía ayudándolo en la enseñanza de los niños del Patrocinio, que «era algo admirable lo bien vestido que tenía a los niños, cada uno poseía tres ternos de ropa: uno negro muy bueno, para salir, otro para los Domingos y uno para el diario, dos pares de zapatos, un sombrero y una gorra. Todas las mañanas después de Misa las ocupaba en la dirección del colegio y por la tarde invariablemente salía a pedir limosna, sin que dejara jamás de llegar con alguna cosa, así fué como logró comprar todo el terreno que ocupaba el Patrocinio de San José en la calle Santa Rosa. Se hizo tan popular y querido en Santiago que casi no había persona que no lo conociera».

Hay en el Patrocinio de San José, como en la Casa de María, ejemplos de cristiana entereza dados por sus hijos e hijas, porque el padre predicaba más con el ejemplo que con las lecciones. Sus discípulos eran almas eucarísticas que visitaban al Smo. Sacramento, y lo recibían frecuentemente; don Blas ha escrito con toda sencillez la vida de un niño, Ramón Marchant, que soportando dolorosa

enfermedad, ofreció al Señor sus dolores por el Patrocinio, porque en la Casa no se cometa jamás un solo pecado. Este niño murió bendiciendo al Señor. «Por sus frutos se conoce el árbol».

En medio de todas sus ocupaciones siempre pensaba en la Casa de María, y en Abril de 1877 escribe a la Madre Mercedes Gandarillas: «El Patrocinio ha brotado de la Casa de María, pues he puesto en práctica mi experiencia y Dios me ha inspirado por ella la fundación del Patrocinio». Jamás dejó de visitar a sus monjas diariamente. Los Padres Salesianos que dirigen ahora el Patrocinio le han dado otro rumbo; pero en cambio la obra de Don Blas está intacta en el colegio que mantienen en la Gracitud Nacional.

En el Gobierno anti-católico del Presidente Pinto era muy estimado y nadie se sorprendió cuando el erario nacional le asignó dos mil pesos para ayuda de sus obras.

Sus últimos años lo sorprendieron asediado por los honores; él, que jamás había deseado nada para sí, tuvo que rechazar dos canongías, una del Arzobispo y otra del Gobierno. Cuando se hablaba del sucesor de Monseñor Valdivieso muchos daban su nombre; con estas habladurías se molestaba mucho y para que lo dejaran tranquilo impuso una multa curiosa: «La persona que me quiera hablar de Arzobispado o me vuelva a llamar Arzobispo, tiene de multa diez pesos a beneficio de mis Casas»: la multas fueron muchas y formó con ellas un buen capital.

En los últimos meses de su administración, el Presidente Santa María lo llamó a una conferencia privada para decirle que deseaba presentarlo a la Santa Sede como Obispo de Concepción; Santa María, dice en carta a Don Manuel A. Román: «Cuando lo llamé y le propuse el Obispado de Concepción se confundió todo y se afligió. Me dijo que no tenía aptitudes para ser Obispo y que temblaba ante la responsabilidad». Presionado por las insistencias del jefe de Estado, le pidió tiempo para consultar a sus amigos, quienes le dijeron que no desoyera la voz de Dios; volvió poco después a la Moneda y aceptó. Desde entonces, dice una religiosa de su tiempo, «se le vió abatido y comenzó a sufrir». Jamás pensó que el Papa pudiera aceptarlo y frecuentemente decía: «Ni Dios ni el Papa pueden engañarse respecto a mi completa nulidad». No hay duda que habría sido un gran Obispo, el amor por sus obras y la nostalgia que sentía al solo pensamiento de que podría dejarlas, le impidieron tal vez proceder en esto con la serenidad de siempre; bien pudo rechazar el Obispado, pero no lo hizo porque sabía que dejar sus obras era un sacrificio muy acepto a Dios, pero fué vencido por su naturaleza sensible y delicada y cayó derribado por una violenta enfermedad.

El 4 de Marzo de 1886, último día que celebró Misa en la Casa de María, dijo: «de puro valiente he dicho Misa hoy, sufro unos dolores espantosos»; se fué de la Casa repitiendo: «Perfección, perfec-

ción, perfección, humildad y vida interior”; esa misma tarde don Mariano Casanova, presentado al Papa para el Arzobispado, lo visitó en el Patrocinio y como le hablara que debía aceptar el Obispado, le respondió: «Entonces, pues, amigo, pidámosle a Dios que nos haga buenos Obispos y si no, que nos mande primero la muerte». Al día siguiente ya no pudo celebrar el santo Sacrificio, y su madre, previendo la gravedad, quiso llevárselo a su hogar, pero rechazó el ofrecimiento; prefirió pasar sus últimos días en una pieza pobrísima, pero rodeado de sus hijos.

La Congregación era su obra predilecta, en medio de sus dolores le decía al Sacristán: “Mira, negro, después que me muera róbase y llévame a la Casa de María, que me entierren ahí”.

En su enfermedad nunca se inquietó, se le oía repetir con frecuencia: “Os aseguro que ni una sola impresión de fastidio ha siquiera rozado mi alma”. El 18 de Marzo, después de confesarse exclamó: “He terminado mi carrera: creo que la voluntad de Dios será que deje esta vida, estoy enteramente resignado, muero tranquilo”. El 21 recibió el Santo Viático; después, él, que sólo había hecho bien en su vida, pidió perdón a todos: “cuando por ser Superior tuve que reprender, nunca lo hice por pasión, sino por el deseo de llevarlos al cielo; y ahora doy mi bendición a todos los Superiores e hijos; y esta misma bendición que la lleve el Señor Capellán a

la Casa de María." El 23 de Marzo a la una y media de la madrugada se fué tranquilamente a recibir su consagración a los cielos; ahí fué coronado por el Eterno Sacerdote del Altísimo con la aureola de la santidad: sobre su cabeza colocó una diadema de oro, donde estaba esculpido el sello de la virtud, ornamento de gloria, obra primorosa que con su belleza lleva tras de sí los ojos de innumerables generaciones.

Treinta años más tarde, cuando sus restos se depositaron en una nueva tumba, en la Casa de María, su cuerpo se encontró intacto. Este prodigio y la multiplicación de sus Casas es para sus hijas motivo de íntimo gozo.

El ascetismo practicado por el Señor Cañas, que lo llevó al más alto grado de santidad, no tiene nada de sorprendente, su celo fué regulado por la caridad y la oración intensa y si se realiza el anhelo de aquellos que lo aman, tendrá la Iglesia otro santo muy sencillo, modelo para todas las almas que deben santificarse en medio del mundo.

